

LECTIO DIVINA

(19 de abril 2026)

TERCER DOMINGO DE PASCUA

**El próximo Domingo, del Buen Pastor, invitación a orar por
vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal.
Oremos por el Papa León XIV en su viaje en Africa**

Hec 2,14. 22-33**Sal 15****1Pe 1,17-21****Lc 24,13-35**

La certeza de la victoria de Jesús sobre la muerte resuena a cada hora de este «gran domingo» de Pascua. Pero hoy la liturgia nos recuerda específicamente que también podemos experimentar la presencia de Jesús, vivo y resucitado, en el camino que recorreremos cada día. Esta experiencia nos transforma, nos renueva, nos santifica y nos convierte en testigos vivos del Resucitado.

En el Evangelio, Lucas, el «catequista», nos invita a acompañar a dos discípulos que, conmovidos por el aparente fracaso del proyecto de Jesús, abandonan la comunidad cristiana y emprenden un camino hacia otra vida. Sin embargo, Jesús, sin identificarse, los acompaña en el camino, les ayuda a encontrar respuestas y les devuelve la esperanza. Solo reconocen a Jesús cuando, en la mesa, parte y comparte el pan. El relato —con un evidente «sabor» eucarístico— es una maravillosa parábola sobre nuestros malentendidos y encuentros con Jesús resucitado: Él nunca dejará de acompañarnos en el camino, explicándonos el sentido de la vida y alimentándonos con su Palabra y su Pan.

La primera lectura es un fragmento del discurso de Pedro la mañana de Pentecostés. Anuncia a los habitantes de Jerusalén y al mundo que Jesús, asesinado por las autoridades judías, venció al mal, la injusticia, la violencia y la muerte misma. Pedro, con audacia profética, asegura: «*Todos nosotros somos testigos de esto*». Esta es la Buena Nueva que los discípulos de Jesús de todas las épocas siguen proclamando al mundo.

En la segunda lectura, un autor cristiano del siglo I recuerda a los bautizados la vocación fundamental a la que están llamados: la santidad. Para fortalecer su llamado a una vida santa, les recuerda que fueron redimidos a un precio muy alto: por la preciosa sangre de Cristo. Al resucitar y glorificar a su Hijo Jesús, Dios respaldó la propuesta de vida que vino a ofrecernos.

Hechos 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, se presentó Pedro, junto con los Once, ante la multitud, y levantando la voz, dijo: "Israelitas, escúchenme. Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes, mediante los milagros, prodigios y señales que Dios realizó por medio de él y que ustedes bien conocen. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios, Jesús fue entregado, y ustedes utilizaron a los paganos para clavarlo en la cruz.

Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, ya que no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio. En efecto, David dice, refiriéndose a él: Yo veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que él está a mi lado para que yo no tropiece. Por eso se alegra mi corazón y mi lengua se alborozó; por eso también mi cuerpo vivirá en la esperanza, porque tú, Señor, no me abandonarás a la muerte, ni dejarás que tu santo sufra la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida y me saciarás de gozo en tu presencia.

Hermanos, que me sea permitido hablarles con toda claridad: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento que un descendiente suyo ocuparía su trono, con visión profética habló de la resurrección de Cristo, el cual no fue abandonado a la muerte ni sufrió la corrupción.

Pues bien, a este Jesús Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos. Llevado a los cielos por

el poder de Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido a él y lo ha comunicado, como ustedes lo están viendo y oyendo". Palabra del Dios.

AMBIENTE

El libro de los Hechos constituye la segunda parte de la obra de Lucas. Tras presentar, en la primera parte (el «*Evangelio de Jesucristo según Lucas*»), «el tiempo de Jesús», Lucas completa su obra presentando «*el tiempo de la Iglesia*»: el tiempo en que la comunidad de Jesús (la «Iglesia»), animada y guiada por el Espíritu Santo, lleva al mundo la oferta de salvación de Dios.

Podemos dividir el libro de los Hechos en tres partes.

En la primera (cf. Hechos 1:12-6:7), Lucas presenta la Iglesia de Jerusalén, nacida de Jesús, y el testimonio que sus discípulos dieron sobre él poco después de su muerte y resurrección.

En la segunda (cf. Hechos 6:8-12:25), Lucas describe la expansión de la Iglesia de Jesús fuera de Jerusalén, concretamente en Samaria, Damasco, la Franja de Palestina y Antioquía.

En la tercera parte (cf. Hechos 13:1-28:31), Lucas relata los viajes misioneros de Pablo, sus esfuerzos por llevar la Buena Nueva de Jesús al mundo grecorromano y su llegada a Roma, corazón del Imperio. Sin embargo, el propósito de Lucas al escribir estas páginas no es darnos a conocer la «historia» de la Iglesia primitiva, sino presentarnos las grandes coordenadas teológicas de la misión de los discípulos de Jesús. Estas coordenadas deben ser acogidas y puestas en práctica por los discípulos de todos los tiempos y lugares.

El texto que la liturgia de hoy nos propone como primera lectura nos sitúa en Jerusalén, en la mañana de Pentecostés. Tras la Ascensión, los discípulos se encontraban en el Cenáculo, esperando el cumplimiento de la promesa que Jesús les había hecho: «*Recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*» (Hechos 1:8). Ahora bien, según el relato de Lucas, esta promesa se cumplió el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre la comunidad reunida en el Cenáculo (cf. Hechos 2:1-12). Ese día, transformados y fortalecidos por el Espíritu, los discípulos abandonaron la seguridad de los muros del Cenáculo y asumieron, ante los habitantes de Jerusalén, la misión de ser testigos de Jesús. Según el autor del Libro de los Hechos, fue Pedro quien, en nombre de la comunidad de discípulos, tomó la palabra para «proclamar las maravillas de Dios» y ofrecer a todos los presentes el primer anuncio acerca de Jesús.

La festividad judía de Pentecostés (en hebreo «*Shavuot*»), que los judíos celebraban por esas fechas, también se conocía como la «*Fiesta de las Semanas*» y la «*Fiesta de las Primicias*». Tenía lugar cincuenta días después de la Pascua y era, sobre todo, una fiesta agrícola: tras la cosecha, los campesinos acudían al Templo, al son de la flauta, para ofrecer a Dios las primicias de la cosecha («*bikurim*»). Eran recibidos con cánticos de bienvenida, entraban en el templo y entregaban a los sacerdotes las cestas con los frutos que habían traído. Posteriormente, sin embargo, la tradición rabínica vinculó esta festividad con la celebración del «pacto» y la entrega de la Ley por Dios en el Sinaí; y, en el siglo I, la tradición de la «Ley del Señor» se extendió al Templo. Esta dimensión tuvo un lugar importante en la celebración de Pentecostés.

Las palabras que, según Lucas, Pedro dirigió aquel día a la multitud reunida en Jerusalén para celebrar la fiesta judía de Pentecostés, ¿son estrictamente históricas? No. Se trata, sin duda, de una composición del autor de los Hechos de los Apóstoles que reproduce, en parte, la predicación que la primera comunidad cristiana realizaba sobre Jesús.

Este discurso de Pedro es, además, muy similar a otros discursos que aparecen en el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hechos 3:12-26; 4:8-12; 10:34-43; 13:16-41). En todos ellos, siempre aparece un núcleo central que procede del *kerygma* primitivo y lo resume: una breve presentación de la actividad de Jesús, el anuncio de su muerte y resurrección, y la salvación que resulta para la humanidad. Aunque el texto no reproduce con exactitud la predicación de Pedro el día de Pentecostés, sí reproduce la fórmula, más o menos establecida, del *kerygma* primitivo y la catequesis que la primera comunidad cristiana solía presentar acerca de Jesús. Algunos incluso ven en este «anuncio» un texto que todos los catecúmenos memorizaban durante su preparación para el bautismo.

MENSAJE

¿Cómo será, entonces, esta comunidad ideal, nacida del Espíritu y del testimonio de los apóstoles? Es una comunidad que fundamenta su experiencia de vida en cuatro pilares esenciales:

- | | |
|-----------------------------------|--------------------------|
| 1) la enseñanza de los apóstoles, | 3) la fracción del pan y |
| 2) la comunión fraterna, | 4) la oración. |

Tras invocar el testimonio de las Escrituras (cf. Hechos 2:16-21), Pedro expone el «kerigma», el núcleo fundamental de la catequesis cristiana primitiva: Jesús, acreditado por Dios, vino a la humanidad y recorrió el mundo realizando actos poderosos que daban testimonio del amor de Dios y anunciaban su salvación (cf. Hechos 2:22). Sin embargo, la propuesta de Jesús chocó con el rechazo del mundo, «*Jesús fue entregado, y ustedes utilizaron a los paganos para clavarlo en la cruz*» (cf. Hechos 2:23). Pero Dios estaba de su lado, lo resucitó y lo hizo triunfar sobre la injusticia, la mentira, la violencia y la muerte. Al resucitar a Jesús, Dios lo vindicaba: les decía a quienes se negaban a escuchar a Jesús que tenía razón; que una vida dedicada al servicio del plan de Dios no puede terminar en fracaso, sino que conduce a la resurrección, a la plenitud de la vida (cf. Hechos 2:24). Aquí, Pedro es el portavoz de esta comunidad que presencié la oferta de salvación que Jesús vino a traer, que creyó en ella y que recibió de Jesús la misión de proponerla a personas de todo el mundo.

Este anuncio de Pedro está dirigido a judíos que conocen bien las Escrituras y las promesas de Dios. Por lo tanto, Lucas pone en boca de Pedro argumentos tomados de las Escrituras para fundamentar lo que pretende anunciarles acerca de Jesús. Específicamente, Pedro se refiere al Salmo 16:8-11, atribuido aquí a David: «*Yo veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que él está a mi lado para que yo no tropiece. Por eso se alegra mi corazón y mi lengua se alborozó; por eso también mi cuerpo vivirá en la esperanza, porque tú, Señor, no me abandonarás a la muerte, ni dejarás que tu santo sufra la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida y me saciarás de gozo en tu presencia.*» (Hechos 2:25-28).

Este es uno de los pocos textos del Antiguo Testamento donde se vislumbra la victoria de la vida sobre la muerte. El razonamiento del autor en este discurso es el siguiente: David se refiere, en este salmo que la tradición le atribuye (cf. Sal 16:1), a un «amigo de Dios» que vencería a la muerte; este no es, por supuesto, el propio David, ya que, como todos saben, murió en la primera mitad del siglo X a. C. («*El patriarca David murió y fue sepultado, y su tumba está con nosotros hasta el día de hoy*» – Hch 2:29); por lo tanto, este «amigo de Dios» del que habla David será sin duda aquel descendiente de David que, según la promesa de Dios, heredaría el trono de su padre y establecería un reino eterno (cf. 2 Sam 7:12-16). Fue a este rey, del linaje de David, a quien los judíos llamaron «Mesías» («ungido»); Fue este rey, descendiente de David, quien avivó la esperanza de Israel y a quien esperaban con anhelo (cf. Hechos 2:30). La conclusión parece obvia: Jesús es ese «amigo de Dios», anunciado por David, a quien Dios no abandonó en la morada de los muertos y cuya carne no sufrió la corrupción del sepulcro (cf. Hechos 2:31). Por lo tanto, Jesús está vivo: resucitado de entre los muertos, fue elevado a la gloria por el poder de Dios, recibió el Espíritu Santo y lo derramó sobre los discípulos que dejó en la tierra como testigos del Evangelio de la salvación (cf. Hechos 2:33). ¿Estarán finalmente los habitantes de Jerusalén preparados para aceptar la oferta de salvación que trae Jesús?

Aquí, pues, tenemos el testimonio de la comunidad cristiana acerca de Jesús, el Mesías, enviado al mundo para cumplir el plan de Dios: liberar a la humanidad y establecer un Reino de justicia, abundancia, paz y verdad. La victoria de Jesús sobre la muerte y su exaltación atestiguan que Él es el Mesías enviado por Dios con la promesa de salvación. Los discípulos de Jesús dan testimonio de esto ante el mundo entero («*todos nosotros somos testigos de estas cosas*» – Hechos 2:33). Por ahora, este testimonio se da en Jerusalén; pero Lucas describirá, a lo largo del libro de los Hechos, cómo la proclamación de Jesús conquistará el mundo, hasta llegar al corazón mismo del imperio (Roma).

PREGUNTAS

- Desde los albores de la humanidad, hemos insistido en transitar caminos de orgullo y autosuficiencia, creyendo que allí encontraríamos nuestra plena realización, el éxito indiscutible de nuestra existencia; pero con nuestras decisiones egoístas, solo hemos logrado traer mentiras, violencia, infelicidad

y muerte a la historia humana. Entonces Dios nos envió a Jesús. Vino a decirnos cara a cara, en nuestro idioma y con claros gestos humanos, que nuestra plena realización viene a través del amor, a través de la vida entregada a sus últimas consecuencias, a través del compartir, a través del perdón, a través del servicio sencillo y humilde a Dios y a nuestros hermanos y hermanas. Sin embargo, no creímos en Él; e invocamos la injusticia, la violencia y las mentiras para silenciarlo y encerrarlo en una tumba donde no pudiera molestarnos con sus desafíos... ¿Problema resuelto? No. Dios resucitó a Jesús; y, al resucitarlo, lo vindicaba. Nos dijo que hablaba la verdad cuando afirmó que una vida dedicada al servicio del plan del Padre, entregada a la humanidad, no conduce al fracaso, sino a la resurrección, a una nueva vida. Sin embargo, han pasado dos mil años... Durante dos mil años hemos sabido, por una fuente fidedigna, que el egoísmo, el orgullo, la maldad y la violencia nos arrastran por caminos de muerte e infelicidad; durante dos mil años hemos tenido ante nosotros el ejemplo de Jesús y sabemos que solo la propuesta que nos presentó genera vida verdadera y eterna. Pero aún no podemos comprender del todo lo que la vida, la muerte y la resurrección de Jesús nos mostraron. ¿Qué más será necesario para que tomemos en serio las enseñanzas de Dios? ¿Cuándo estaremos dispuestos a aceptar, sin excusas ni vacilaciones, la lección de Jesús?

• Pedro, dirigiéndose a la multitud el día de Pentecostés, dijo: «Este Jesús es a quien Dios resucitó de entre los muertos, y todos nosotros somos testigos de ello». Este “todos nosotros” incluye, por supuesto, a todos aquellos que, durante aquellos días, experimentaron el encuentro con Jesús vivo y activo y se sintieron interpelados a continuar la aventura del Reino de Dios; pero también incluye a todos los demás que, a lo largo de los siglos, siguen encontrándose con el Jesús vivo, escuchando sus enseñanzas, viviendo según su ejemplo, sentándose con él a la mesa eucarística, caminando con él por los senderos del mundo. La Iglesia —la comunidad de los discípulos de Jesús— es hoy, en el mundo, el testimonio de Jesús, de su resurrección, de la verdad de su mensaje, de la viabilidad de su proyecto. ¿Nos sentimos comprometidos con esta misión? ¿Encuentran en nosotros —testigos de Cristo resucitado— las personas desilusionadas y desorientadas que se cruzan en nuestro camino cada día una propuesta definitiva para la vida y la plena realización? ¿Somos nosotros quienes contaminamos el mundo con la Buena Nueva de Jesús y le ofrecemos una alternativa a la desilusión y la desesperación, o es el mundo el que nos domestica y nos convence de abandonar los valores propuestos por Jesús?

Salmo 15

R. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Aleluya.

Protégeme, Dios mío, pues eres mi refugio.

Yo siempre he dicho que tú eres mi Señor.

El Señor es la parte que me ha tocado en herencia:

mi vida está en sus manos.

R. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Aleluya.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,

hasta de noche me instruye internamente.

Tengo siempre presente al Señor

y con él a mi lado, jamás tropezaré.

R. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Aleluya.

Por eso se me alegran el corazón y el alma

y mi cuerpo vivirá tranquilo,

porque tú no me abandonarás a la muerte ni dejarás que sufra yo la corrupción.

R. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Aleluya.

Enséñame el camino de la vida,

sácime de gozo en tu presencia

y de alegría perpetua junto a ti.

R. Enséñanos, Señor, el camino de la vida.

Aleluya.

1 Pedro 1, 17-21

Hermanos: Puesto que ustedes llaman Padre a Dios, que juzga imparcialmente la conducta de cada uno según sus obras, vivan siempre con temor filial durante su peregrinar por la tierra.

Bien saben ustedes que de su estéril manera de vivir, heredada de sus padres, los ha rescatado Dios, no con bienes efímeros, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, al cual Dios había elegido desde antes de la creación del mundo y, por amor a ustedes, lo ha manifestado en estos tiempos, que son los últimos. Por Cristo, ustedes creen en Dios, quien lo resucitó de

entre los muertos y lo llenó de gloria, a fin de que la fe de ustedes sea también esperanza en Dios.
Palabra de Dios.

AMBIENTE

La Primera Carta de Pedro nos ofrece una serie de indicios que, a primera vista, podrían definir perfectamente la cuestión de su autor y sus destinatarios. El autor se presenta como «**Pedro, apóstol de Jesucristo**» (1 Pedro 1:1a), «**anciano**», «**testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de ser revelada**» (1 Pedro 5:1). Los destinatarios serían los «elegidos» de Dios, que vagan por la diáspora del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1 Pedro 1:1b). La carta estaría escrita «desde Babilonia» (término frecuentemente usado por los primeros cristianos para referirse a Roma), donde el autor está acompañado por Marcos (1 Pedro 5:13).

Sin embargo, parece bastante improbable que Pedro, el pescador del Mar de Galilea a quien Jesús llamó «pescador» de hombres (cf. Marcos 1:16-18), fuera el autor de esta carta. En primer lugar, por razones literarias: la calidad literaria de la carta parece estar muy por encima del estilo de un pescador galileo con escasa formación, como era el caso de Pedro. Además, porque la situación de las comunidades cristianas a las que se refiere la carta parece situarnos en la década de los ochenta del siglo I, una época en la que la hostilidad del Imperio contra los cristianos era evidente y se vivían las grandes persecuciones de finales del siglo I. El Imperio comenzaba a vislumbrarse en el horizonte. Para entonces, Pedro ya habría fallecido (el apóstol fue martirizado en Roma durante la persecución de Nerón, alrededor del año 66-67).

Por lo tanto, lo más probable es que el autor de la primera llamada "Carta de Pedro" sea un cristiano culto cuyo nombre desconocemos —probablemente un líder de una comunidad cristiana— comprometido con el fortalecimiento de la fe cristiana en algunas comunidades rurales de Asia Menor. Escribe a finales del siglo I (nunca antes de la década de los 80). Los destinatarios de esta carta son en su mayoría campesinos pobres que cultivan las propiedades de los ricos. También hay pequeños terratenientes que viven en aldeas en las afueras de las grandes ciudades. En cualquier caso, se trata de personas del ámbito rural, económicamente débiles y vulnerables a la hostilidad que el Imperio comenzaba a mostrar hacia el cristianismo.

Conociendo bien las dificultades que afrontan estos cristianos, el autor de la carta los exhorta a permanecer fieles a su fe, a pesar de las adversidades. Los invita a mirar hacia el futuro, a Cristo, que pasó por la experiencia de la Pasión y la cruz, antes de llegar a la resurrección; y los exhorta a mantener la esperanza, el amor y la solidaridad, viviendo su elección cristiana con alegría, coherencia y fidelidad.

MENSAJE

Dirigiéndose a los bautizados, el autor de la carta los exhorta a vivir como hijos de Dios. Esto significa abandonar por completo los «viejos deseos» y elegir la santidad (cf. 1 Pedro 1:14-15). Citando las Escrituras, les recuerda la petición de Dios: «*Sean santos, porque yo soy santo*» (1 Pedro 1:16).

¿Cómo deben vivir quienes son llamados a la santidad y que invocan a Dios como Padre? Según el autor de la carta, deben vivir «*con temor filial durante su peregrinar por la tierra*» (1 Pedro 1:17). «**Temor**» se traduce, en el lenguaje del Antiguo Testamento, en la actitud de obediencia, de confianza, de entrega a Dios, de total conformidad con su voluntad. Para dar mayor fuerza a su exhortación, el autor de la carta recuerda a los bautizados que no tienen derecho a volver atrás, pues Dios pagó un alto precio para redimirlos de su antigua forma de vida. Y este precio no se pagó con bienes corruptibles, como oro o plata, sino con algo infinitamente precioso: la sangre de Cristo, derramada en la cruz. Fue un precio muy alto que, sin embargo, Dios no dudó en pagar... ¿Podría esta enorme «inversión» de Dios ser desperdiciada y despreciada por la ingratitud de los bautizados?

El verbo «**redimir**» («**lytróō**»), utilizado aquí por el autor de la carta para hablar de la acción salvadora de Dios en favor del hombre, es un verbo empleado en griego profano para designar la liberación de una persona (especialmente un esclavo) mediante el pago de una cantidad determinada. En el Antiguo Testamento, sin embargo, el verbo tiene un alcance eminentemente teológico y se refiere a la acción salvadora de Dios, quien interviene para liberar a su pueblo del cautiverio egipcio (cf. Dt 7:8; 15:15), del exilio babilónico (cf. Es 41:14; 43:1) o del pecado (cf. Sal 130:8). En algunos pasajes, el

mismo verbo incluye el significado de «adquirir»: Yahvé redime a Israel para que se convierta en el pueblo de Dios (cf. 2 Sam 7:23; 1 Chr 17:21), la tribu de su herencia (cf. Sal 74:2), la comunidad que pertenece a Dios y está a su servicio. Decir que Dios «redime» significa, entonces, que Dios, en su amor, libera a Israel de la esclavitud y del pecado, para convertirlo en un pueblo consagrado a su servicio.

Probablemente sea en este contexto que debemos entender la afirmación del autor de la Primera Carta de Pedro. La referencia a Cristo como «*el cordero sin defecto ni mancha*» (1 Pe 1,19) nos lleva al cordero pascual (en estos términos se habla del «cordero pascual» en Éx 12,5, el cordero que los esclavos hebreos sacrificaron y comieron la noche en que huyeron de la esclavitud hacia la libertad) y, por lo tanto, a la tipología del Éxodo. Así como el «cordero pascual» marcó la liberación de los hebreos de la esclavitud en Egipto y el nacimiento de un pueblo consagrado al servicio de Dios, así también la muerte de Cristo «redimió» al hombre de la esclavitud del pecado y dio origen a un pueblo nuevo y santo, cuya vocación es servir a Dios y depositar en Él su fe y esperanza (cf. 1 Pe 1,21).

Quienes han sido bautizados están invitados a contemplar el plan de salvación que Dios quiere realizar para la humanidad, un plan que implica la ofrenda de Jesús («*el cordero sin defecto ni mancha*») en la cruz. Reconociendo la grandeza del amor de Dios y su voluntad salvadora, los bautizados —a pesar de las dificultades y persecuciones que enfrentan— aceptan consagrarse a Dios y renacer a una vida nueva y santa. De esta manera, nacerá un nuevo Pueblo, consagrado al servicio de Dios.

PREGUNTAS

- Dios estuvo dispuesto a pagar un alto precio para liberarnos de nuestra vana manera de vivir: nos envió a su Hijo Jesús, aun sabiendo que no éramos dignos de confianza y que, en nuestra insensatez, lo condenaríamos a una muerte infame. Jesús cumplió el plan del Padre: se hizo uno de nosotros, caminó con nosotros, nos habló del amor del Padre, sanó nuestras heridas, luchó contra la mentira y la injusticia, nos mostró cómo vivir y permitió que lo mataran para liberarnos del pecado y la muerte. Esto nos da una buena idea del inmenso amor que Dios nos tiene. Esta historia de amor deja asombrado al autor de la Primera Carta de Pedro. ¿Y nosotros? ¿Podemos comprender, a partir de esta realidad, la importancia que tenemos para Dios? ¿Nos permitimos ser tocados y maravillados por este amor tan grande?

- No podemos permanecer indiferentes a la acción de Dios en nuestro favor. Un amor tan grande como el que Dios nos mostró al darnos la vida de su Hijo Jesús exige una respuesta clara e inequívoca de nuestra parte. ¿Qué es? Según el autor de la Primera Carta de Pedro, nuestra respuesta debe traducirse en una nueva conducta, una actitud de acogida a Dios, de obediencia total a Él, de entrega incondicional en sus manos, de completa adhesión a sus planes, valores y proyectos. ¿Nos inspira y motiva el amor de Dios a vivir una vida santa, una vida «conforme a Dios»?

- Jesús no recorre hoy personalmente las calles de nuestros pueblos y ciudades, proponiéndonos el Reino de Dios y diciéndonos, con palabras y gestos concretos, cómo debemos vivir para que nuestras vidas tengan sentido. Sin embargo, antes de regresar al Padre, encomendó a sus discípulos la misión de ser sus testigos en el mundo. Su mensaje debe seguir llegando a las personas hoy. ¿Sentimos que esto nos concierne? Nosotros, que hemos conocido a Jesús, que hemos acogido su mensaje, que hemos decidido seguirlo, que hemos aceptado vivir según su estilo, ¿damos testimonio de esta Buena Nueva que nos dejó? ¿Es nuestra vida un anuncio vivo y colorido de esta nueva vida que Dios quiere ofrecer a todos sus hijos e hijas?

Lucas 24, 13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: "¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?"

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?" El les preguntó: "¿Qué cosa?" Ellos le respondieron: "Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos

sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron".

Entonces Jesús les dijo: "¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?" Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer". Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: "¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!"

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: "De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón".

*Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. **Palabra del Señor.***

AMBIENTE

La narración de la aparición de Jesús resucitado a dos discípulos que se dirigían a una aldea llamada Emaús, el mismo día de Pascua, es exclusiva de Lucas: ningún otro evangelista la menciona. Sin embargo, se debate si se trata de una creación de Lucas o de un relato que recibió de la tradición y que el evangelista habría modificado y adaptado. Lo más probable es que Lucas utilice una tradición previa, la cual retocó y completó.

La mención de un lugar llamado Emaús (el destino de los dos discípulos) plantea varias preguntas... ¿Qué lugar es este? El nombre no identifica ningún lugar conocido en la geografía del mundo palestino. La indicación de la distancia de Jerusalén a Emaús podría constituir un factor adicional para ayudar a identificar la ubicación; sin embargo, este dato tampoco es concluyente, ya que los códices antiguos más importantes sitúan la ciudad a «sesenta estadios» de Jerusalén (el equivalente a unos once kilómetros), mientras que otros hablan de «ciento sesenta estadios» (lo que equivaldría a unos treinta kilómetros). Quienes defienden la «mayor distancia» (ciento sesenta estadios) mencionan a *Amwas-Nicópolis* (una ciudad situada a unos treinta kilómetros de Jerusalén) como el lugar del Emaús evangélico; pero quienes defienden la «menor distancia» prefieren hablar de la actual *El-Qubeibeh* (una ciudad palestina que conserva la memoria del acontecimiento) o de *Abu Gosh*, una ciudad situada a unos diez kilómetros de Jerusalén.

Los comentaristas suelen destacar la intención teológica de Lucas al ofrecernos este relato. ¿Qué significa esto? Significa que la narración de Lucas no es un informe fáctico de un viaje geográfico, sino una catequesis sobre Jesús. Lo que le interesa a Lucas no es escribir un relato lógico y coherente (si el evangelista se hubiera preocupado por la lógica y la coherencia, habría sido más cuidadoso con la ubicación geográfica de Emaús y habría explicado mejor algunas inconsistencias del texto, como por qué aquellos dos discípulos partieron hacia Emaús la mañana de Pascua sin investigar los rumores de que la tumba estaba vacía y Jesús había resucitado). Lo que interesa al autor es explicar a los cristianos a quienes se dirige —a mediados de la década de los ochenta del siglo I— cómo pueden descubrir que Jesús está vivo y tener una experiencia auténtica de encuentro con Jesús resucitado. Se trata, por lo tanto, de una página de catequesis, más que de una descripción fiel de hechos concretos.

MENSAJE

El primer día de la semana (Lucas comienza su relato con la expresión «ese mismo día», que remite al relato anterior: aquel que describe cómo, en la mañana de Pascua, unas mujeres fueron al sepulcro llevando los perfumes que habían preparado para «tratar» el cuerpo de Jesús y se encontraron con «*dos hombres con vestiduras resplandecientes*» que les anunciaron la resurrección —cf. Lc 24:1-12—), dos discípulos de Jesús salen de Jerusalén y se dirigen a un lugar llamado Emaús. Uno de ellos se llama Cleofás; el otro no está identificado. Mucho se ha dicho sobre este discípulo anónimo, a quien algunos identifican con Pedro, otros con Natanael, con Simón e incluso con la esposa de Cleofás. Quizás Lucas, al no identificar al discípulo en cuestión, simplemente sugiere que podría ser «cualquiera» de los creyentes que oyen la historia.

Comprendemos, por las palabras que intercambian los dos viajeros mientras caminan, por qué abandonan Jerusalén: están decepcionados, pues sus sueños de triunfo y gloria junto a Jesús se han desvanecido al pie de la cruz. Este poderoso Mesías, capaz de derrotar a los opresores, restaurar el magnífico reino de David («*esperábamos que él fuera quien redimiera a Israel*» – Lucas 24:21) y bendecir a sus colaboradores directos, finalmente se reveló como un rotundo fracaso. En lugar de triunfar, se dejó matar en la cruz; y su muerte es un hecho consumado, pues «*ya han pasado tres días desde que esto sucedió*» (el «tercer día» después de la muerte es el día de la muerte definitiva, sin posibilidad de retorno de la tumba). Por lo tanto, ambos abandonan la comunidad de discípulos —lo cual, a partir de entonces, parece carecer de sentido— y dejan Jerusalén, dispuestos a olvidar el sueño, poner los pies en la tierra y afrontar, una vez más, una vida dura y sin esperanza. La conversación entre ellos sobre «*todo lo que había sucedido*» (Lucas 24:14) debe entenderse dentro de este contexto: es esta solidaridad compartida de sueños rotos lo que hace que la desilusión sea menos dolorosa.

En este punto, el autor del relato introduce un nuevo personaje: Jesús mismo. Alcanza a Cleopas y a su compañero y comienza a caminar junto a ellos; pero los dos discípulos, ocupados lamiéndose las heridas de la desilusión, no lo reconocen: les sucede lo mismo que a María Magdalena cuando, en la mañana de Pascua, confundió a Jesús resucitado con el jardinero (cf. Jn 20:15). Jesús les pregunta con solicitud acerca del asunto que tanto los preocupa (cf. Lc 24:17); Y ellos, extrañados de que el viajero no supiera «*lo que sucedía en aquellos días*» en Jerusalén, le contaron la historia del «*profeta poderoso en palabra y obra*», a quien los sumos sacerdotes y los gobernantes entregaron para que fuera condenado a muerte y crucificado (Lc 24:19-20). Para ellos, lamentablemente, la historia de Jesús terminaba allí, y fue sepultado en una tumba en Jerusalén, donde depositaron su cuerpo sin vida. Lo que faltaba en su interpretación de los hechos era fe en el Señor resucitado, aun conociendo la tradición de la tumba vacía y el testimonio de las mujeres que fueron a la tumba la mañana de Pascua (cf. Lc 24:22-24).

Para tranquilizar a los dos discípulos y demostrarles que todo encajaba perfectamente en la lógica del plan de Dios, Jesús, «*y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él*» (Lc 24:27). Lucas no menciona en detalle los textos del Antiguo Testamento que Jesús habría citado; pero quizás usted Está pensando, específicamente, en Deuteronomio 18:18 («*Les levantaré de entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande*»), en los cánticos del «Siervo de Yahvé» (cf. Isaías 42:1-9; 49:1-6; 50:4-11; 52:13-53:12) y en algunos salmos que enmarcan el sufrimiento y la glorificación de los justos dentro del contexto del plan de salvación de Dios (cf. Salmo 22; 35:6; 110:1; 118:22).

Esos dos discípulos comprenden entonces que «*el Mesías tenía que padecer todas estas cosas y así entrara en su gloria*» (Lucas 24:26). Lucas, a su vez, parece interesado en sugerir a los discípulos de todos los tiempos y lugares que es al escuchar y compartir la Palabra que el plan de salvación de Dios cobra sentido; y que solo a través de la Palabra de Dios —explicada, meditada y acogida— permite al creyente percibir que el amor hasta las últimas consecuencias y la entrega de uno mismo no conducen al fracaso, sino que generan una vida nueva y definitiva.

Los tres (Jesús, Cleofás y el discípulo desconocido) llegan finalmente a Emaús. Los discípulos aún no reconocen a Jesús, pero le ofrecen hospitalidad (cf. Lc 24,28-29): es de noche y no es seguro continuar el camino. Este desconocido los cautiva y no quieren que se vaya. Jesús acepta la invitación, entra en la casa con ellos y se sienta a la mesa. Mientras comen, Jesús, asumiendo el papel de dueño de la

casa, «*tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo di.*» (Lc 24,30). Las palabras de Lucas se refieren a los mismos gestos que Jesús había realizado en la multiplicación de los panes y los peces (cf. 9:16) y en aquella inolvidable cena de despedida que celebró con los discípulos en la víspera de su muerte (cf. Lc 22:19). Estas son también las palabras que la Iglesia primitiva repetía cada vez que se reunía en torno a la mesa eucarística. Es entonces cuando los ojos de los dos discípulos se abren y reconocen, en su compañero de viaje, al mismo Jesús (cf. Lc 24:31). La última escena de nuestra historia hace que los discípulos reanuden su viaje, regresen a Jerusalén y se presenten de nuevo ante la comunidad que habían abandonado horas antes (cf. Lc 24:33-35). No les preocupa la noche, los kilómetros que deben recorrer ni la comida que queda en la mesa; lo único que les interesa es dar testimonio de que Jesús ha vencido a la muerte, está vivo y camina de nuevo con sus discípulos.

No será difícil percibir, tras la construcción de Lucas, una evidente intención catequética. Cuando Lucas escribió su Evangelio (en la década de los 80 del siglo I), la comunidad cristiana atravesaba algunas dificultades. Habían transcurrido unos cincuenta años desde la muerte de Jesús en Jerusalén. La catequesis afirmaba que estaba vivo; pero en la monotonía de una vida agotadora y llena de dificultades, era difícil experimentarlo. Los testigos presenciales de Jesús ya habían desaparecido, y los acontecimientos de la pasión, la muerte y la resurrección parecían muy lejanos, ilógicos e irreales. «Si Jesús ha resucitado y está vivo, ¿cómo puedo encontrarlo? ¿Dónde y cómo puedo tener una experiencia auténtica de un encuentro real con este Jesús al que la muerte no pudo vencer? ¿Por qué no se manifiesta de forma gloriosa y establece un reino de gloria y poder que nos haga triunfar definitivamente sobre nuestros adversarios y detractores?», se preguntaban los creyentes de las comunidades lucanas.

Esto es lo que el catequista Lucas intentará responder. Su mensaje se dirige a aquellos creyentes que transitan por la vida desanimados y sin rumbo, cuyos sueños parecen desmoronarse ante la monótona y difícil realidad de la vida cotidiana... Lucas les dice: «Sí, Jesús está vivo y camina junto a nosotros por los caminos del mundo. A veces no lo reconocemos, porque nuestros corazones están ocupados con nuestras preocupaciones personales, con nuestros intereses egoístas, con nuestros prejuicios arraigados, con nuestras perspectivas limitadas... Permanecemos atados a nuestras limitaciones, incapaces de mirar más allá y comprender el plan de Dios. A pesar de todo esto, Jesús se convierte en nuestro compañero de viaje, camina con nosotros paso a paso, nutre nuestro camino con la esperanza que brota de su Palabra y se da a conocer cada vez que nos sentamos a la mesa comunitaria para compartir el pan eucarístico».

En la catequesis de Lucas, la idea de que es en la celebración comunitaria de la Eucaristía donde los creyentes experimentan el encuentro con Jesús vivo y resucitado aparece por encima de todo. La narración sugiere claramente el esquema litúrgico. De la celebración eucarística: la Liturgia de la Palabra (la «explicación de las Escrituras»), que permite a los discípulos comprender la lógica del plan de Dios en relación con Jesús, así como la fracción del pan (que los lleva a entrar en comunión con Jesús, a recibir la vida de Él y a reconocerlo en estos gestos que son el «memorial» de su extrema entrega por amor).

Consideremos también una última sugerencia que nos deja el «catequista» Lucas: tras experimentar el encuentro con Cristo vivo y resucitado en la celebración eucarística, cada creyente está implícitamente invitado a retomar el camino, a salir al encuentro de sus hermanos y hermanas, y a dar testimonio de que Jesús está vivo y presente en la historia y en el camino de la humanidad.

PREGUNTAS

- Esa imagen de desencanto y desaliento en la que se encuentran los dos discípulos caminando de Jerusalén a Emaús no nos es del todo ajena. Nosotros también la experimentamos, en mayor o menor medida, ante las crisis de la vida, la naturaleza efímera de nuestros logros, la debilidad que habita en nuestro interior, el fracaso de nuestros proyectos más preciados, los sueños que se desvanecen y nos dejan con las manos vacías, nuestras certezas destrozadas, nuestras seguridades con pies de barro... Sacudidos y heridos, sentimos la tentación de bajar los brazos, de abandonar la lucha, de renunciar a nuestras responsabilidades, de aislarnos, de «soportar» la vida sin correr riesgos, de vivir para lo trivial que ni deleita ni duele en exceso. Quizás incluso pensamos, muchas veces, que Dios nos ha dado la espalda y nos ha dejado «sin red», abandonados a nuestra suerte; y nos encontramos arrastrándonos por la vida sin rumbo

ni horizontes. Hoy, un catequista llamado Lucas viene a decirnos: «Les aseguro que no están solos; Jesús, vivo y resucitado, está y estará siempre con ustedes. Quizás no siempre reconozcan su presencia; pero Él los encuentra en el camino, les habla, aclara sus dudas, calma sus corazones, dirige sus pasos hacia un horizonte de esperanza. ¿Hemos tenido esta experiencia? ¿Nos abrimos, en cada paso de nuestro camino, a percibir la presencia reconfortante y vivificante de Jesús a nuestro lado?

- ¿Cómo logran Cleofás y el otro discípulo encontrar sentido en la falta de sentido de la cruz y la muerte? ¿Cómo pueden hombres y mujeres que se ahogan en la angustia y la desilusión percibir el plan de salvación que Dios les ofrece? ¿Cómo podemos escuchar a Jesús y recibir de Él ese aporte de esperanza que nos permite seguir adelante? Lucas responde: es a través de la Palabra de Dios, escuchada, meditada, compartida y acogida. La Palabra de Dios nos ayuda a poner la vida en perspectiva y a definir el verdadero sentido de nuestra existencia; la Palabra de Dios enciende la fe.» La Palabra de Dios nos llena de esperanza («*¿No ardían nuestros corazones mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*»), nos ayuda a superar el desaliento y el pesimismo, nos impulsa a comprometernos con la transformación del mundo y la historia; nos muestra nuevas perspectivas y renueva nuestra esperanza; nos enseña cómo alcanzar la vida verdadera y eterna... ¿Qué lugar y qué papel desempeña la Palabra de Dios en nuestras vidas? En nuestro camino de fe, ¿encontramos espacio para escucharla, compartirla, orar con ella, meditar en ella?

- Para los dos discípulos en el camino a Emaús, el viajero que se une a ellos es un completo desconocido. Sin embargo, cuando se sientan a la mesa con él y lo ven tomar el pan, recitar la bendición, partirlo y compartirlo, inmediatamente se dan cuenta de que ese viajero desconocido es Jesús. ¿Cómo podemos nosotros, hombres y mujeres de los siglos XXI, tener una experiencia de encuentro con Él? ¿Está Jesús vivo? El evangelista Lucas no tiene duda: lo está cuando nos sentamos con él a la mesa. La mesa de la Eucaristía. Cada domingo, reunidos en comunidad alrededor de la mesa eucarística, reconocemos que el Resucitado sigue vivo, caminando a nuestro lado, alimentándonos con su Palabra y su Pan; cada vez que nos unimos a nuestros hermanos y hermanas alrededor de la mesa de Dios, celebrando con alegría y festividad el amor, el compartir y el servicio, encontramos al Resucitado llenando nuestras vidas de significado, plenitud y vida auténtica. ¿Qué lugar y papel tiene la participación en la Eucaristía en nuestra experiencia de fe?

- Tras encontrarse con Jesús, vivo y resucitado, en la mesa eucarística, los dos discípulos dejaron la comida sobre la mesa, olvidaron su cansancio, afrontaron los peligros de la noche e inmediatamente regresaron a Jerusalén, decididos a compartir su descubrimiento con los demás discípulos. No se quedaron en casa, felices y descansados, disfrutando beatíficamente de una experiencia inolvidable; sino que sintieron que lo que habían experimentado debía ser compartido. Esto necesita ser compartido urgentemente. Los discípulos de Emaús comprendieron que cuando alguien se encuentra con Jesús, debe convertirse en su testigo. Nosotros, que nos sentamos a la mesa eucarística cada domingo, también debemos hacerlo. El domingo, quienes descubrimos la presencia de Jesús vivo en medio de la comunidad reunida, quienes nos nutrimos de su Palabra y su Pan, ¿damos testimonio de él? ¿Sentimos la urgencia de llevarlo al encuentro del mundo? ¿Son nuestras acciones una proclamación viva de este Jesús que, aún hoy, quiere ofrecer a todos los hombres y mujeres una vida nueva y definitiva?

- Los relatos de Pascua se refieren con frecuencia a la alegría incontenible que llena los corazones de los discípulos al encontrarse con Jesús resucitado. El relato de la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús, sin mencionar explícitamente la alegría, alude al entusiasmo que aquellos dos discípulos sintieron por la presencia y la compañía de Jesús resucitado. Es el entusiasmo que surge de una Presencia que llena de paz, que disipa el temor, que multiplica el arrojo, que ofrece esperanza, que aumenta el amor, que da sentido al camino... ¿Podemos ver hoy esta alegría y entusiasmo en los rostros de los discípulos de Jesús? ¿Podemos percibir esta alegría en la vida, al compartir, al dar testimonio, al celebrar la fe en nuestras comunidades cristianas?

- Los dos discípulos de Emaús, decepcionados por un proyecto que parecía haber fracasado, abandonaron la comunidad y huyeron a Emaús. Aquella comunidad triste y atemorizada, encerrada en una casa en Jerusalén, sumida en la inercia y el pesimismo, ya no significaba nada para ellos. Hoy, también hay muchos hermanos y hermanas que tienen una experiencia similar. Ven a la Iglesia nacida de Jesús

como una comunidad inmóvil, anclada en el pasado, con un discurso pomposo pero poco atractivo, más preocupada por la liturgia que por el cuidado de los pobres, más interesada en leyes y normas que en el Evangelio de la misericordia; y, sintiéndose decepcionados, rompen con la comunidad. ¿Es la solución distanciarse de la comunidad, vivir al margen, renunciar al proyecto cristiano? La «Lección de Emaús» nos enseña que, a pesar de todo, es en la comunidad cristiana donde reside y se revela Jesús resucitado. Por eso, los dos discípulos errantes regresaron a la comunidad que habían abandonado. ¿La solución a nuestra desilusión reside en romper los lazos con la comunidad o en revitalizar el vínculo comunitario con Jesús y el Evangelio? Si Jesús aún nos cautiva, ¿podemos abandonar la comunidad y perdernos por caminos que no llevan a ninguna parte?